

CONTESTACIÓN
de
DON JUAN J. MENDOZA

Señoras:

Señores:

Si el buen tirano a quien tan discretamente alude en su discurso de incorporación nuestro nuevo colega, logró un acierto evidente al convencerle de que se sometiera a nuestro sufragio unánime para ocupar un sillón en esta Academia, temo no haya estado tan feliz en la elección que ha hecho para vocero del Cuerpo en ocasión como ésta, y me siento inferior a la misión grave y grata que me confía de dar la bienvenida al señor don Pedro-Emilio Coll: grave, porque es ardua la tarea de corresponder a una disertación que bajo elegante ropaje literario, disimula con sutileza y noble ironía principios filosóficos de historia; grata, porque me brinda oportunidad para hacer pública mi afectuosa admiración por el amigo ausente para siempre y por el que llega a reemplazarle, no sólo en su sitio material, sino en el puesto que ocupaba en las regiones de la inteligencia y del estudio y en los corazones de los individuos de esta Corporación.

Sin duda que razones de mero sentimiento movieron a nuestro Director, porque unido yo a Machado y a Coll desde la primera juventud —y ya va larga la fecha— por los lazos de una suave amistad, fui testigo de sus primeros ensayos y les vi dar los primeros pasos por el campo de nuestras letras: podría, si no temiese alargar este acto fuera de discretos límites, traer aquí tantos recuerdos como se ofrecen a mi memoria del hurgador sagacísimo de viejas cosas, expuestas luego a los lectores con la dificultosa facilidad de su estilo llano, y del amable filósofo de "Cosmópolis" y de "El Castillo de Elsinor" sobre quien, por cierto, parece ejercer cierta fascinación el príncipe danés. Y querría, si no lo estorbara mi incompetencia y lo hicieran inútil vuestros conocimientos acerca de ella, hacer algún juicio, siquiera superficial, de la obra de ambos. No quiero, sin embargo, omitir algunas particularidades de la vida del señor Coll, que en verdad no encajan bien dentro del molde académico, pero que contribuyen a caracterizar su personalidad bajo el aspecto de su festivo ingenio: el singular timbre de voz con que Naturaleza le dotara y que le dio entrada a nuestro primer escenario para hacer alardes líricos en el recto sentido de la palabra, y aquella atmósfera de irrespetuosidad de que, a su decir y aún en el desempeño de elevados cargos, se sentía rodeado y que, de haber existido, debe de haber desaparecido por completo. Me parece que le veo y le oigo, incomparable guía espiritual a través de las calles del viejo Madrid, salpicar con amenas anécdotas a tal respecto su instructiva charla. Hacer el elogio de sus resaltantes cualidades morales e intelectuales sería vana tarea: vuestros votos conformes son la más acabada demostración de que bien las conocéis.

¿Quién es el lírico? En Venezuela y en la República Argentina, según don Lisandro Alvarado, un utopista, un soñador, un ideólogo, y aún en algún diccionario castellano se halla la misma acepción con la nota de argentinismo; pero el significado general del vocablo, como su misma etimología lo está indicando, es el de lo que pertenece al canto o a la música, simbolizados por la lira o a ello se refiere, de donde sin tropiezo pudo venir a dar nombre a uno de los tres grandes géneros en que clasificamos la poesía. Ambas artes son hijas de Apolo y pueden en buen derecho ampararse bajo el signo de su padre.

Poco versado en el mecanismo del idioma y casi ajeno a las leyes que rigen sus transformaciones, carezco de jurisdicción en tan delicadas materias y me inhibiría de conocer en ellas, si no fuera porque la necesidad de llegar a una conclusión me pone en el caso de lanzar, aun cuando tímidamente, una opinión acerca del origen del sentido traslaticio del término.

Las evoluciones de la lengua son, generalmente, la obra del pueblo y bastaría para ejemplo el nacimiento de los idiomas romances, impuestos al fin por el lento y constante trabajo popular sobre el idioma de los sabios: la palabra nueva o la nueva significación de la vieja palabra, van conquistando la masa y entran por fin victoriosas en la fortaleza del diccionario; pero la nueva acepción de "lírico", circunscrita, a lo que parece, por ahora a Venezuela y a la República Argentina, y que ya ha penetrado, por lo menos, en un léxico castellano, no parece haber iniciado su camino en los linderos del uso general, sino en la pluma de algún escritor avezado al manejo de las voces, que conocía bien el sentido directo del vocablo y que haciéndose cargo de que la poesía y la música alegran la vida y la embellecen, no pensaba tal vez que tuvieran trascendencia alguna ni eficacia práctica, y por comparación con los versos que se van o con las notas que vuelan en las ondas sonoras, aplicó el calificativo a los que abrigan proyectos utópicos, sueños irrealizables, destinados a perderse en el espacio inmenso como los versos que se van o como las notas que vuelan.

Líricos en el sentido noble de la palabra los ha habido: bastaría citar en siglos remotos al autor del monumento más ligero que el aire y más duradero que el bronce y en años más próximos al genio musical de Bonn. Pero, si los hay, deben ser muy escasos los líricos de la segunda especie. En el hermoso desarrollo que da a su tesis nuestro nuevo compañero, no desfilan lirismos sino idealismos: si las *quimeras* del tiempo del primer monarca Borbón de España se hicieron realidades en tiempo de su nieto, no podríamos en justicia llamar utópicos a los que perseguían un fin determinado y alcanzado al cabo a costa de sacrificios sin número. Los hombres de 1797, los de 1811, el mismo Libertador, pudieron equivocarse al formular planes constitucionales demasiado amplios o demasiado estrechos para los cuerpos que habían de vestir; pero llevaron a término la obra formidable con voluntad nunca desmayada. Miranda también pudo equivocarse, ya en cuanto a la apreciación de los medios de que podía disponer para las empresas militares, ya en cuanto al proyecto un si es no es fantástico del Incazgo para la organización constitucional de los nuevos Estados. Empero, ¿quién calificaría, de lírico al expugnador de Amberes, al protector de la retirada de las Argonas? ¿Quién osaría llamar utopista a ese caballero errante que en todas las extraordinarias circunstancias de su vida, no parece tener otro pensamiento que la independencia de América?

Yo preferiría llamarles Quijotes, porque este nombre no despierta en mi ánimo la idea de lo ridículo sino la de lo sublime. Todos vosotros recordáis el pasaje cuando en la playa de Barcelona, desazonado don Quijote por el caballero de la Blanca Luna, éste le reclama el cumplimiento de las condiciones del duelo: "Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra!"

Esas palabras, donde parece latir el nervio del libro inmortal y vibrar el pensamiento íntimo del autor maravilloso, son, si bien las entiendo, la afirmación del ideal en el momento mismo de la derrota, la confesión de la fe en su existencia y de que en ocasiones es la imperfección de los medios lo que nos impide alcanzarlo. El mismo hidalgo decía que

el heroísmo no está sólo en acabar empresas grandes sino también en morir por acometerlas. Si los molinos hubieran sido gigantes, Don Quijote habría atacado con el mismo denuedo y el león que conducía el carretero bajo las banderas reales era de carne y hueso.

Perdonadme, señores, estas citas no nada históricas: por una parte, creo que sean gratas al recipiendario, y por la otra, yo también sueño algunas veces y pienso que Don Quijote tuvo existencia real, o por lo menos, le confundo voluntariamente con el que le engendró en una cárcel.

¿Cuál la conclusión de este deshilvanado discurso? Que conviene distinguir con cuidado al mero lírico del idealista: al primero le faltarán siempre los medios para coronar la obra, puesto que persigue lo inalcanzable: al segundo pueden faltarle en determinadas circunstancias, pero no por la imposibilidad de la empresa, que en sí misma contiene los elementos del triunfo. Los fines que no logró el Precursor por no haber hallado a mano los instrumentos necesarios, los obtuvo el Libertador forjando esos instrumentos, pero ninguno de los dos fue lírico; y si a esto añadimos que lo que hoy parece utópico, puede no serlo mañana, si juzgamos prudentemente debemos ser muy parcós en la aplicación del calificativo. Y desde un punto de vista puramente filológico, me atrevo a pensar que a las acepciones que nos ofrece don Lisandro Alvarado, podría agregarse la del que sin correr tras fines utópicos, emplea medios manifiesta-mente inadecuados para conseguirlos.

Brillan en toda la extensión del discurso del señor Coll, junto a hermosas descripciones, líricas de verdad, atinadas observaciones sociológicas y psicológicas, se desliza mansamente el tema, como en la fuente del maestro fray Luis, "el paso entre los árboles torciendo"; se percibe clara a través de las diáfanas ondas la sutil intención de rozar la piel de los que califican de líricos a todos los que en pos de un ideal se elevan un tanto por sobre el tráfigo de los intereses y de las necesidades cotidianas; y, sobre todo, en los días que corremos en que parece que para la humanidad se ha desviado "del norte amigo y firme la aguja salvadora", en que se levanta gente contra gente y en que son combatidos sin tregua sistemas sociales y políticos a cuyo amparo creyeron los hombres encontrar paz y justicia, el generoso optimismo del orador fortalece nuestra fe en los destinos de la República y en la soberanía del Derecho.

Sólo me resta congratularme con la Academia por la preciosa adquisición que ha hecho, dar la bienvenida a nuestro nuevo colaborador, y consagrar una vez más un dolorido recuerdo a la memoria de José Eustaquio Machado.